



La escuela que se convirtió en un refugio

Zhanna y Víctor Chuprun solo pudieron llevarse consigo a sus hijos y su fe cuando la guerra los obligó a dejar su hogar en Ucrania. Como muchas familias que huyen de un conflicto, no sabían dónde terminarían ni cuánto duraría el viaje.

Lo único que Zhanna tenía claro era que quería que sus hijos siguieran estudiando en colegios adventistas.

En Ucrania, las escuelas adventistas estaban bien establecidas, y la familia Chuprun esperaba que sus tres hijos recibieran una educación en un entorno cristiano. Pero la guerra había cerrado puertas que nunca imaginaron que se cerrarían. Como refugiados, su futuro parecía incierto y sus opciones eran limitadas.

Cuando la familia llegó a Polonia, les dieron refugio temporal en las instalaciones de una iglesia, donde había una escuela adventista para niños pequeños: Kompas. Para Zhanna, encontrar que allí había una guardería y una escuela primaria adventista fue una respuesta a sus oraciones.

Pero otro obstáculo se interpuso en su camino: el dinero.

Como muchas familias de refugiados, los Chuprun no tenían ningún colchón financiero. La matrícula de una escuela privada estaba fuera de su alcance. Aun así, Zhanna oraba. Anhelaba que al menos uno de sus hijos pudiera asistir a esa escuela.

El más pequeño fue admitido en la guardería con una cuota muy reducida. Zhanna estaba muy agradecida, pero le pesaba mucho en el corazón que sus hijos mayores tuvieran que ir a la escuela pública.

Decidida a aportar lo que pudiera, Zhanna empezó a trabajar en las instalaciones, limpiando. Víctor echaba una mano con los proyectos de mantenimiento y construcción. Trabajaban con dedicación, en silencio y con gratitud, sin esperar nunca que se pudiera hacer más.

Pero Zhanna siguió orando.

Su mayor deseo era que su hija Sofía pudiera asistir a la escuela adventista. Cuando los responsables de la escuela se enteraron de la situación de la familia, buscaron una solución. Se envió una solicitud a la Adventist Laymen's Services & Industries (ASI, por sus siglas en inglés) explicando que los niños refugiados anhelaban recibir una educación adventista, pero no podían sufragar los gastos.

La respuesta llegó acompañada de una dadivosidad inesperada.

Se concedió una ayuda económica para que Sofía pudiera asistir a la escuela durante todo un año. Gracias a ese apoyo adicional, su matrícula se redujo a un nivel que la familia podía asumir. «Zhanna soñaba con tener a su hija aquí», dijo una maestra.

Sofía se incorporó a la escuela y progresó mucho.

Dos o tres años después, gracias al apoyo constante, el hijo mayor de la familia también se matriculó. Ahora, los tres hijos de los Chuprun estudiaban en un entorno marcado por la fe, la bondad y un propósito. La familia sigue orando para que sigan llegando apoyos, y confían en que Dios proveerá, tal y como lo ha hecho hasta ahora.

Cápsula informativa

- Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Alemania invadió Polonia, las autoridades alemanas prohibieron las actividades de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y disolvieron su estructura.
- En 1946, tras el fin de la guerra, la iglesia adventista fue reconocida como entidad religiosa legal en Polonia.
- En Polonia se encuentran la Facultad Polaca de Teología y Humanidades de Podkowa Lesna, la Editorial Polaca de Varsovia y un hogar de ancianos en Bielsko-Biała.
- Hay varios polacos que han dejado huella en las ciencias y la tecnología. Nicolás Copérnico (1473–1543) demostró científicamente que el Sol era el centro del sistema solar, y no la Tierra. María Skłodowska Curie, o Marie Curie (1867–1934), fue una pionera polaca en la investigación de la radioactividad. Fue la primera mujer en ganar un Premio Nobel y la primera persona en ganarlo dos veces.
- Polonia tiene la primera casa al revés. Está construida en un bosque y los visitantes entran por las ventanas del ático.

Para Sofía, la escuela pronto se convirtió en algo más que clases y tareas. Se convirtió en su hogar.

Un año, los alumnos fueron invitados a participar en clases de natación, una actividad opcional que requería pagar una cuota adicional. Sofía quería apuntarse, pero su familia no podía permitírselo. Cuando una maestra se enteró de la situación, intervino discretamente y pagó para que Sofía pudiera asistir a las clases durante todo el año.

No hubo ningún anuncio. No se buscó ningún reconocimiento. Fue simplemente un acto de compasión, uno de los muchos que definen el espíritu de la escuela.

Para familias como los Chuprun, la educación adventista no es un lujo. Representa estabilidad en tiempos de agitación. Es un ancla espiritual cuando todo lo demás parece incierto. Es un recordatorio de que, incluso en el exilio, no están desamparados.

Los niños Chuprun: Nahum, Sofía y Natan, están creciendo, aprendiendo y ayudando a sus compañeros de clase de Polonia y de otros lugares. Estudian las Escrituras, aprenden al aire libre, ayudan a su comunidad y viven su fe, no solo a nivel de creencias, sino en la práctica.

Su historia es solo una entre muchas.

En un contexto en el que los conflictos, los desplazamientos y la incertidumbre siguen marcando la vida de familias por toda Europa, escuelas como Kompas se están convirtiendo, discretamente, en lugares de refugio. Ofrecen no solo educación, sino también esperanza.

Las ofrendas misioneras contribuyen a que esto sea posible. Ayudan a que las escuelas abran sus puertas a niños que, de otro modo, no podrían atravesarlas. Ayudan a convertir las aulas en espacios seguros donde florece la fe, incluso bajo la sombra de la guerra.

En el caso de Zhanna, la respuesta a sus oraciones no llegó de golpe. Llegó poco a poco, a través de una escuela, una comunidad, corazones generosos y un Dios que escucha.

Y en el caso de sus niños, llegó en la forma de un lugar al cual pertenecer.